



LA DIDÁCTICA DE JESÚS

The teaching of Jesus

Humberto M. Rasi



Humberto M. Rasi cursó sus estudios básicos en la Argentina, completó un doctorado en Stanford University, EE. UU., especializándose en Literatura e Historia Iberoamericana, y obtuvo una beca posdoctoral en Johns Hopkins University. Ha sido profesor y director de posgrado en Andrews University, vicepresidente editorial en la Pacific Press y director del Departamento de Educación de la Iglesia Adventista del Séptimo Día a nivel mundial. Fundó el Instituto de Educación Cristiana y la revista *Diálogo universitario*, que se distribuye en cuatro idiomas. Ha publicado numerosos artículos y editado varios libros, incluyendo *Fe y ciencia: 20 investigadores cristianos responden a preguntas básicas sobre el universo y la vida* (2012) y *Always Prepared: Answers to Questions about Our Faith* (2012). Aunque jubilado, continúa dictando conferencias y publicando artículos. Además, es director de Adventus: Editorial Universitaria Iberoamericana (www.adventus21.com).

Resumen

Existe un consenso general de que, no obstante su breve ministerio, Jesús fue el maestro de mayor impacto e influencia en la historia de la humanidad. Es natural que los educadores cristianos deseen aprender de su didáctica y aplicarla, en la medida de lo posible, a su propia práctica docente. Este artículo analiza, en primer lugar, las diferencias que existen entre la formación, la personalidad y el ambiente en que Jesús desempeñó su labor y el contexto educacional de nuestra realidad contemporánea. En segundo lugar, se perfilan los cuatro modelos que ya existían, dentro de la cultura griega y hebrea, para los maestros de su época, pero que Jesús no imitó. A continuación se examinan las características de su estilo pedagógico. En la parte medular del ensayo se estudian y ejemplifican siete métodos didácticos empleados por Jesús, que contribuyeron al éxito de su misión.

Palabras clave: Educación, didáctica, enseñanza.

Abstract

There is a general consensus that, despite his brief ministry, Jesus was the master of greater impact and influence in the history of mankind. It is natural that Christian educators wishing to learn from his teaching and apply, as far as possible to their own teaching practice. This article first analyzes the differences between training, personality and the environment in which Jesus performed his work and the educational context of our contemporary reality. Then he outlined the four models that already existed within the Greek and Hebrew culture, for teachers of his time, but that Jesus did not imitate. Then examines the characteristics of his teaching style. At the core of the paper studies and exemplify seven teaching methods employed by Jesus, who contributed to the success of his mission.

Keywords: Education, didactic, teaching.

*Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón,
porque lo soy.... Yo les he dado un ejemplo.*

Jesús fue el maestro de impacto más extenso y duradero que el mundo jamás haya conocido. Su influencia perdurable supera por lejos la de Buda, Confucio o Sócrates, y sus seguidores se encuentran hoy en todos los países del mundo. Como educadores cristianos, nos atrae su personalidad magnética y deseamos imitar su método y su ejemplo.

Sin embargo, Jesús ejerció la docencia durante un corto período de su vida, hace casi 2000 años, en una cultura muy diferente de la nuestra. ¿Será que podemos aprender algo de su didáctica y aplicarla a nuestro ministerio educacional en el siglo XXI? En nuestra primera aproximación, conviene definir el concepto de educación para establecer comparaciones. Proponemos la siguiente: Educar es un proceso planificado y dinámico, con objetivos claros, que conecta a un docente con uno o más estudiantes para que estos desarrollen sus talentos naturales y adquieran conocimientos, valores, destrezas y actitudes específicos a fin de alcanzar un nivel cada vez más alto de utilidad, servicio y satisfacción en la vida.

Es claro, entonces, que tenemos en común con el maestro Jesús la misión de educar. Sin embargo, al ahondar en el tema según el relato de los cuatro evangelios –documentos históricos redactados pocas décadas después de su ascensión– descubrimos diferencias sustanciales.

Semejanzas y diferencias

En su niñez, Jesús no asistió a las escuelas rabínicas de su tiempo sino que se formó en su hogar, teniendo a su madre María por maestra y después a su padre terrenal, José, como su instructor en el taller de carpintería. En ese contexto familiar fue memorizando las enseñanzas de la Palabra de Dios, cumpliendo con sus deberes domésticos y aprendiendo un oficio manual. Además, fue ampliando su conocimiento al observar la naturaleza –la tierra, las plantas, los árboles, las aves, los peces y los animales– y en el contacto con sus contemporáneos en sus variadas actividades rurales y urbanas.

A principios del siglo primero de nuestra era existían cuatro modelos de maestros que Jesús podría haber adoptado. En la cultura griega se destacaban **los filósofos-maestros** que habían establecido escuelas con doctrinas propias y grupos de discípulos que las habían abrazado y las defendían. Algunas de sus enseñanzas combinaban conceptos filosóficos y creencias religiosas. Entre ellos

se destacan los nombres de Pitágoras, Sócrates, Platón y Zenón.

Contemporáneamente con este modelo eran conocidos en la cultura hebrea y griega **los sabios-maestros** cuyas enseñanzas muchas veces se comunicaban de manera escrita a lo largo de las generaciones. En la tradición hebrea los libros de Proverbios y Eclesiastés ofrecen consejos para vivir una vida noble y feliz. Exhortan a los lectores a ser fieles a Dios y actuar con sabiduría, controlando las palabras, siendo honestos en las transacciones y evitando la codicia, la pereza y la embriaguez.

Otro tipo de instructor religioso era el de **los maestros-intérpretes** de las leyes de Moisés que, en la cultura hebrea, eran conocidos con el nombre de escribas y rabinos. A menudo explicaban en las sinagogas el significado y las implicaciones de los textos sagrados. Muchos de los más destacados formaban grupos de seguidores que debatían vigorosamente entre sí los detalles de la ley y su cumplimiento.

Un cuarto tipo en la tradición hebrea era el de **los maestros-profetas** que llamaban al pueblo al arrepentimiento y anunciaban eventos futuros en que Dios intervendría en la historia humana. En esta categoría figuran personajes como Moisés, Daniel e Isaías cuyos escritos forman una buena parte de lo que hoy conocemos como el Antiguo Testamento. Juan el Bautista, que identificó a Jesús como el Mesías prometido, representa esta categoría de maestro.

Aunque es posible encontrar algunas semejanzas entre estos modelos y los métodos de Jesús, las diferencias son también significativas. Su abordaje de la enseñanza revelaba originalidad de forma y contenido e independencia de las tradiciones establecidas.

Cuando a los 30 años comenzó su tarea docente, sus estudiantes no eran niños o jóvenes como nosotros tenemos en las aulas, sino adultos. Sus clases se ofrecían al aire libre, caminando por los senderos, navegando en una embarcación, en banquetes y encuentros sociales, o descansando juntos y dialogando por la noche. Su horario de clases era flexible y frecuentemente abarcaba 24 horas de contacto con sus alumnos más cercanos.

En su labor educativa Jesús no estableció un plan formal de estudios con niveles definidos de aprendizaje. No instruyó en las artes, las ciencias ni las humanidades. No dio exámenes escritos, no entregó calificaciones al final del curso, ni exigió tesis para obtener un diploma. No utilizó pizarrón ni equipo electrónico; no asignó tareas escritas ni proyectos de investigación en bibliotecas o laboratorios. Tampoco dejó un manual detallado de sus métodos, pero nos legó su ejemplo.

La mayor diferencia entre el maestro Jesús y nosotros, sus admiradores,

es la de su personalidad. Él es el único Dios-hombre, el creador y sustentador del vastísimo universo, el salvador de la humanidad. Ninguno de nosotros puede declarar, como Jesús, “Yo soy el camino, y la verdad y la vida” (Juan 14:6, VP). Es evidente que no poseemos poderes sobrenaturales para realizar milagros, ni conocimiento absoluto, ni sabiduría perfecta, ni conducta intachable.

Cristo podría haber abierto a los hombres las verdades más profundas de la ciencia. Podría haber revelado misterios cuya penetración ha requerido muchos siglos de trabajo y estudio.... Pero no lo hizo.... No presentó teorías abstractas, sino lo que es esencial para el desarrollo del carácter.... Relacionó sus mentes con la del Infinito (Elena de White, *Consejos para los maestros*, 34, 35).

El objetivo principal de la labor educativa de Jesús fue instruir y formar a discípulos y seguidores adultos para lanzar un movimiento transformador de impacto global y proyección eterna, sabiendo que muchos de ellos morirían torturados como mártires.

Características y estilo

Es posible señalar, durante la breve misión magisterial de Jesús, algunas características de su preparación y estilo pedagógico.

Cada día, a veces temprano por la mañana, dialogaba con Dios a fin de estar en sintonía con sus planes, obtener orientación, sabiduría y poder para saber cuándo actuar, qué decir y cómo resistir la tentación.

Más de una vez reveló su conocimiento profundo de la Palabra de Dios, explicando su significado y aplicándolo a la vida diaria de sus oyentes. Esto indica que siguió estudiando y meditando en ella a lo largo de su labor.

Era evidente su dedicación plena a la misión que se había asumido, sin distracciones, titubeos o conflictos de interés. Nicodemo lo reconoce: “Sabemos que Dios te ha enviado a enseñarnos” (Juan 3:2, VP).

Quienes le escuchaban, en público o en privado, percibían la pasión que sentía por comunicar con claridad y poder sus enseñanzas. Había venido a preparar a ciudadanos para el Reino Eterno, en este mundo y por la eternidad. A la vez, sabía que contaba con poco tiempo para hacerlo.

Jesús buscaba relacionarse individualmente con sus discípulos más cercanos para conocerlos a fondo y adaptar a cada uno de ellos lo que quería que aprendieran. A la vez, tomaba en cuenta el momento oportuno y las

circunstancias para enseñar.

A diferencia de los catedráticos pomposos de su tiempo y del nuestro, Jesús reveló una humildad y una paciencia admirables y una disposición a escuchar a todos los que se le acercaban para indagar y aprender.

Al comunicar sus ideas, Jesús apelaba a la razón y a las emociones, y también llamaba a la acción. De esta manera involucraba las dimensiones cognitiva, afectiva y psicomotora del ser humano. En la medida de lo posible, su enseñanza implicaba todos los sentidos de sus estudiantes: oído, vista, tacto, gusto y olfato.

Además, estaba atento a las necesidades físicas de sus discípulos y seguidores. En varias ocasiones interrumpió su instrucción para hacerlos descansar cuando los veía fatigados o para alimentarlos cuando estaban necesitados de nutrición. Su abordaje educativo era integral, tomando en cuenta todas las dimensiones del ser humano: físicas, mentales, espirituales y sociales.

Por todos estos factores, además de su magnética personalidad, la labor educativa de Jesús dejaba una huella perdurable en sus estudiantes y oyentes. Él “practicaba lo que enseñaba... Y más aún, él era lo que enseñaba. Sus palabras no solo eran la expresión de la experiencia de su propia vida, sino de su propio carácter. No solo enseñó la verdad; él era la verdad. Eso fue lo que dio poder a su enseñanza” (Elena de White, *La educación*, 74).

Para comprender mejor los factores que contribuyeron al éxito de su misión, examinemos sus siete métodos preferidos.

La exposición oral

“Y tomando él la palabra, comenzó a enseñarles diciendo” (Mateo 5:2, NVI).

La comunicación verbal es una de las habilidades que nos distinguen y separan claramente de los animales. Esta capacidad innata de producir una cantidad infinita de sonidos dentro de un sistema de reglas, y de decodificar su significado, está relacionada con el intelecto humano.

Jesús, que había creado a Adán y a Eva con la destreza singular del lenguaje hablado, la utilizó como maestro para enseñar. Los evangelios del Nuevo Testamento registran entre 25 y 30 ocasiones en que Jesús expone oralmente un tema. La ventaja de este método es que permite comunicar ideas, sentimientos, valores y así influir sobre la manera de pensar y la conducta de muchos oyentes. A la vez, suscita interrogantes y favorece el diálogo. No obstante los admirables avances de la tecnología, la comunicación oral—incluso

mediante los medios electrónicos— sigue siendo el método más efectivo de instrucción y motivación.

Como didáctica, la exposición oral efectiva requiere que el docente tenga objetivos claros sobre lo que desea comunicar, sea capaz de organizar lógicamente el contenido de su presentación, y emplee un lenguaje comprensible para la mayoría de los estudiantes de ese nivel. Además, como técnica, debe poseer la habilidad de motivar a la reflexión personal y tender puentes mentales entre lo conocido y lo nuevo por aprender. Al final de la exposición, se espera que el docente recapitule lo expuesto y destaque las ideas principales para beneficio de los estudiantes. Como maestro, Jesús hizo esto y mucho más.

Despertar y mantener el interés

“Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él” (Lucas 4: 20, RVR).

Es obvio que sin lograr la atención de los estudiantes se limita la comunicación y se retrasa o se frustra el aprendizaje. ¿Cómo logró Jesús despertar y mantener el interés de sus oyentes?

En primer lugar, tenía un conocimiento profundo de lo que enseñaba y estaba siempre bien preparado. Su personalidad magnética y el poder de sus palabras captaban el interés. Cuando iba a hacer una declaración importante, pedía la atención de los oyentes: “Jesús llamó a la gente y dijo: ‘Escuchen y entiendan’” (Mateo 15:10, VP).

Quienes le escuchaban percibían su compromiso y convicción personal sobre el tema que exponía. Nunca se mantuvo neutro ante las cuestiones morales. Empleaba ilustraciones visuales y comprensibles para volver más concreta la enseñanza; por ejemplo: árboles, flores y aves; uno o dos niños presentes; granos de trigo, redes de pesca y pescados; una palangana con agua y una toalla.

Hablaba con voz clara y audible para ser escuchado y entendido: “Jesús, puesto de pie, dijo con voz fuerte...” (Juan 7:37, VP). A veces narraba una corta historia apropiada al tema, para ilustrarlo. Aprovechaba las interrupciones para aclarar cuestiones, pero volvía a la materia que estaba enseñando sin dejarse distraer.

Narrar relatos breves e ilustrativos

“Jesús habló de todo esto a la gente por medio de parábolas, y sin parábolas

no les hablaba” (Mateo 23:34, VP).

El término *parábola*, derivado del griego, significa literalmente “poner algo al lado de otra cosa” y, por extensión, comparación o ilustración verbal. Es un relato breve de un hecho real o imaginario que esboza un escenario, describe una acción y muestra los resultados. Con frecuencia incluye a un protagonista que hace frente a una decisión ética. La enseñanza moral subyacente no se expresa sino que se permite que el oyente la descubra por su cuenta.

Aunque este método de instrucción indirecta ya existía en la tradición hebrea (por ejemplo, la parábola de la oveja que el profeta Natán contó al rey David, en 2 Samuel 12:1- 6) y en la griega (por ejemplo, la de la caverna en la *República* de Platón), Jesús elevó este género singular a un arte universal y memorable. De esa manera conectaba una situación real con una verdad espiritual, dirigiendo el pensamiento de los oyentes de este mundo al de las realidades profundas y trascendentes. La mayoría de los estudiosos coinciden en que los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas registran 36 parábolas de Jesús, lo que representaría un tercio de sus enseñanzas que se han conservado documentalmente.

¿Quién puede olvidar las parábolas de la oveja perdida, el hijo pródigo, el buen samaritano, los dos deudores, el rico insensato, el fariseo y el publicano orando en el templo, el trigo y la cizaña en el sembrado, las diez jóvenes que acompañaban la celebración de una boda, y su significado? Todas ellas presentan un caso concreto e invitan a reflexionar para que el oyente, en su conciencia, tome una decisión sobre sus creencias o su conducta futura.

Como educadores cristianos podemos imitar en esto a Jesús, relatando alguna experiencia personal que nos ha enseñado una lección espiritual o moral, sin expresar la moraleja. También convendrá preparar, en base a nuestras lecturas, un archivo de relatos o poesías que estén a nuestra disposición para compartir con nuestros estudiantes en el momento oportuno. Sin embargo, debemos recordar que son solo ilustraciones y que, por lo tanto, no deben distraernos del tema principal que estamos exponiendo.

Hacer preguntas para pensar

“¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?.... Y ustedes, quién dicen que soy yo?” (Mateo 16:13, 15, NVI).

Jesús empleaba dos tipos de preguntas: (1) Las que procuran obtener

evidencia de que los conceptos enseñados han sido aprendidos e internalizados. (2) Las que llevan al estudiante a reflexionar, a establecer conexiones y a expresar sus propias ideas. Jesús también las utilizaba para iniciar el diálogo: “Al ver que lo seguían, les preguntó: ‘¿Qué están buscando?’” “¿Quieres recobrar la salud?” “Mujer, ¿dónde están los que te acusaban?”

Como educadores cristianos, nosotros debemos utilizar este método en nuestra labor educativa, oralmente y en pruebas escritas o ensayos. Esto requiere preparación cuidadosa de nuestra parte para que las preguntas que hagamos tengan relación con lo estudiado o leído y sean relevantes a su contenido.

Este principio también se aplica a las tareas que asignamos a nuestros estudiantes.

Algunas de ellas son lecturas o actividades que (1) los preparan proveyéndoles el trasfondo necesario para entender el tema que trataremos en la clase, (2) los obligan a pensar y reflexionar, y (3) les ayudan a cultivar hábitos de estudio e investigación independiente, que es lo que deberán hacer durante el resto de la vida. Las tareas deben ser específicas y acompañadas de instrucciones claras sobre lo que se espera de los estudiantes en la clase siguiente. De esa manera tanto el docente como los alumnos estarán listos para dialogar y aprender.

Cuando formulamos en clase preguntas para reflexionar o establecer conexiones con lo ya aprendido, no debemos temer las pausas y el silencio. Demos tiempo a los estudiantes para considerar la pregunta antes de responder. A veces las preguntas pueden emplearse para involucrar a un estudiante que es tímido o se ha mantenido callado, pero deben formularse con cortesía y paciencia. A veces la respuesta del alumno requerirá que se formulen otras preguntas hasta arribar al final del aprendizaje. Y cuando lo que dice el estudiante es acertado, expresemos públicamente nuestra aprobación y afirmación, tal como lo hizo Jesús.

Instrucción en toda oportunidad

“Un sábado, al cruzar Jesús los sembrados, sus discípulos comenzaron a arrancar a su paso unas espigas de trigo” (Marcos 2:23, NVI). “Luego subió a la barca y sus discípulos lo siguieron” (Mateo 8:23, NVI). “Allí se dio una cena en honor de Jesús. Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con él” (Juan 12:2, NVI).

Jesús enseñó muchas de sus más profundas lecciones en situaciones informales, no planificadas, en interacción con sus discípulos.

Lo mismo ocurrirá en las actividades y las conversaciones con nuestros estudiantes, fuera del aula o el laboratorio. Al margen del contenido de las materias que enseñamos, ellos aprenderán de nosotros las lecciones importantes para la vida en contextos co-curriculares. Por ejemplo, visitando un museo, una fábrica o un hospital; trabajando con ellos en algún proyecto útil o en una investigación de campo; en excursiones al aire libre o giras musicales; estudiando con otros la Biblia o en el servicio a los demás; en los deportes sin rivalidad acentuada; o en las visitas a nuestro hogar, observando cómo nos relacionamos como esposos y con nuestros hijos en el círculo familiar.

Es cierto que todo esto lleva tiempo. Sin embargo, en estas situaciones y otras semejantes los estudiantes tendrán la oportunidad de conocernos más de cerca, llegar a sus propias conclusiones y aprender cómo actúa un cristiano en la vida real. Nunca lo olvidarán.

Utilizar elogios y correcciones

“‘Dichoso tú, Simón,... porque eso no te lo reveló ningún mortal’.... Jesús se volvió y le dijo a Pedro: ‘¡Aléjate de mí, Satanás! Quieres hacerme tropezar’” (Mateo 16:17, 23, NVI).

Este dramático episodio en la relación de Jesús con Pedro, con su elogio afirmativo y su franca corrección, ocurrió en el lapso de unos segundos. De hecho, para desarrollarse bien los estudiantes deben ser corregidos cuando se equivocan y animados cuando están aprendiendo y madurando al nivel de su edad psicológica y capacidad mental. Esto se aplica tanto al conocimiento que revelan del contenido de las materias como a la conducta.

Como educadores, necesitamos tino y sabiduría para calibrar el elogio y la corrección, y el momento oportuno de comunicarlos al estudiante. ¿Lo haremos en público o en privado, al grupo o al individuo, en forma oral o escrita, inmediatamente después del evento o algún tiempo más tarde?

Muchos de nosotros recordamos con gratitud ocasiones en que un profesor nos ayudó a madurar al corregirnos y también al aconsejarnos sobre cómo vencer una debilidad o un defecto de carácter.

Este principio abarca también la objetividad con que evaluamos las pruebas o los ensayos que nos entregan los estudiantes, las observaciones que

escribimos en ellos y la prontitud con que se los devolvemos ya corregidos.

Pedro volvió a fallar cuando, pocas horas antes de la crucifixión, negó públicamente conocer a su Maestro y ser su discípulo. Jesús lo perdonó y pocos días después lo rehabilitó con ternura. Como educadores tendremos que disciplinar a algunos de nuestros estudiantes. ¿Sabremos hacerlo de tal manera que facilitemos su crecimiento y maduración?

“En cada ser humano [Jesús] discernía posibilidades infinitas. Veía a los hombres según podrían ser transformados por su gracia... Al mirarlos con esperanza, inspiraba esperanza. Al saludarlos con confianza, inspiraba confianza” (Elena de White, La educación, 75, 76).

Comprometido con la salvación de sus discípulos

“Y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”(Juan 13:1, NVI).

Jesús amaba a cada uno de sus discípulos, aunque conocía bien sus debilidades y defectos. Los acompañaba, dialogaba con ellos, oraba e intercedía por ellos en oración y, finalmente, dio su vida por ellos y por nosotros, sus seguidores.

Más allá de lo que aprenden de las materias que enseñamos, ¿sienten nuestros alumnos que los amamos y deseamos que no solo tengan éxito en su eventual oficio o profesión sino que sean salvos por la gracia de Dios y alcancen la vida eterna?

Un educador de experiencia propuso que el educador cristiano está llamado a desempeñar cinco roles de importancia creciente en su relación con los estudiantes.

- Como **profesional**, domina la materia y posee la habilidad didáctica para mantener el orden en el aula y el interés de los alumnos, con el fin de facilitar el aprendizaje de todos.
- Como **madre y padre** provee un modelo de conducta y manifiesta el afecto y la disciplina que varios de sus estudiantes no tienen en su hogar, a fin de promover el desarrollo de hábitos positivos y un carácter noble.
- Como **ministro o pastor** conduce a sus alumnos a estudiar la Biblia, a establecer una amistad genuina con Dios y a vivir una vida orientada a servir al prójimo, siguiendo el modelo de Jesús.
- Como **profeta**, comunica a cada uno de sus estudiantes un mensaje

inspirado de orientación, advertencia, consejo, esperanza y superación, preparándolos para la vida eterna en la Tierra Nueva.

- Como **sacerdote**, intercede ante Dios en oración por la transformación del carácter y la salvación de algún estudiante rebelde o cuya conducta lo pone en serio peligro.

Plegaria

Padre amante:

Tú, que eres el mismo ayer, hoy y por los siglos
y que enviaste a tu Hijo para que fuera nuestro Maestro modelo,
haz que yo merezca siempre la confianza de mis alumnos
y que aprendan de mí a confiar en ti.

Ayúdame a hacer que mi aula sea un lugar estable y seguro
en medio de las sorpresas y dolores de la vida,
donde mis estudiantes sepan siempre lo que espero de ellos
y también lo que pueden esperar de mí.

Te pido que tu Espíritu Santo esté cada día entre nosotros
—iluminando, orientando, aconsejando, transformando—
y nos ayude a aprender lo que realmente es importante saber en la vida.

Te ruego que en mi salón de clases no se enseñe nada que no sea la verdad
y no se prometa nada que no se va a cumplir.

Haz que mis alumnos aprendan solo lo que los hará hombres y mujeres de bien
y candidatos para la Escuela Superior de la Eternidad.

Te lo pido en el nombre del Maestro Divino.

Amén.

Humberto M. Rasi

Adventus: Editorial Universitaria Iberoamericana
email: h.rasi@roadrunner.com

Recibido: 21 de febrero de 2013

Aceptado: 15 de abril de 2013